

ESTUDIOS DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA DE MÉXICO

Álvaro MATUTE

*Instituto de Investigaciones Históricas,
Universidad Nacional Autónoma de México*

EN LOS INICIOS DE LA PROFESIONALIZACIÓN de la actividad historiográfica en México, alrededor de 1940, prácticamente no existían revistas especializadas en la materia. Si bien se contaba con órganos como los *Anales del Museo Nacional* y el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, que daban cabida a artículos de temas históricos, no eran total, sino parcialmente especializadas. También hubo revistas de corta duración, como *Estudios Históricos*, que no se sostenían más allá de un par de años. El proceso de profesionalización fue abriendo la posibilidad de que la revista especializada fuera admitida como un espacio necesario para la comunicación de los resultados de la investigación histórica. Uno de los primeros órganos que satisfizo esa expectativa fue la *Revista de Historia de América*, que contaba con el patrocinio del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y en la que, una vez que los alumnos del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México alcanzaron la posibilidad de expresarse, se convirtieron en colaboradores si no permanentes, por lo menos asiduos de dicha revista. La Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid inició la publicación de sus *Memorias* en 1941, dando preeminencia a los textos de los miembros de la corporación. Don Alberto María Carreño tuvo la iniciativa de publicar cuatro volúmenes de

una revista interesante llamada *Divulgación Histórica*, que merecería una revisión.

Dentro del ámbito de la Universidad Nacional Autónoma de México, los historiadores a su servicio encontraron la posibilidad de dar a conocer sus trabajos en una sección permanente de *Filosofía y Letras*, cuya publicación comenzó, al igual que la de la Academia, en 1941. Los historiadores del arte, por su parte, iniciaron la edición de sus *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Cabe advertir que tanto las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* como *Filosofía y Letras* observaron una periodicidad trimestral rigurosa en sus primeros años, y posteriormente fueron abandonando ese rigor. Algunas veces se acudió a la estratagema del número doble y poco a poco se convirtieron en anuarios. De hecho, *Filosofía y Letras* desapareció en 1960 para dar lugar a la edición de anuarios de los que se encargaría cada uno de los colegios que la integraban: Filosofía, Letras, Historia, Geografía, etc. Así, el *Anuario de Historia*, cuyo editor, el doctor Juan Antonio Ortega y Medina, fue una de las primeras revistas especializadas en la disciplina que editó la UNAM.

No fue la primera, porque en 1959 apareció una nueva revista que, para decirlo de algún modo, era doblemente especializada. Se trata de *Estudios de Cultura Náhuatl*, del Instituto de Historia, animada por los fundadores del Seminario de Cultura Náhuatl que albergaba dicho instituto, Miguel León-Portilla y Ángel María Garibay K., ¿por qué doblemente especializada? En un principio la noción de revista especializada se refiere a una sola disciplina, como la historia, o la filosofía, etcétera. Muestra ejemplar de ello ha sido *Historia Mexicana*. El caso de *Estudios de Cultura Náhuatl* es interesante porque llama la atención acerca de la necesidad de ofrecer un órgano de expresión no sólo de una disciplina como la historia, sino de una especialidad dentro de ella, como lo es la cultura náhuatl, es decir, ni siquiera la totalidad del México precolombino. Al respecto, cabe anotar que pronto el doctor Alberto Ruz dedicó sus esfuerzos a la edición de una revista especializada en cultura maya.

Si se piensa con rigor, de hecho una revista como *Historia Mexicana* es especializada en la historia de un solo país. De ahí que una dedicada a una sola cultura se ofrecía como una novedad, por una parte, pero también como la expresión de que a esas alturas del siglo XX era necesario especificar más el ámbito de las especialidades en las que la disciplina histórica había incurrido. Es la época en que se abandonaron las historias generales, de corte enciclopédico, para dar lugar a los estudios particulares, monográficos, constreñidos no sólo a una época, que en el caso mexicano opera la tradición tripartita: historia antigua o prehispánica, colonial, virreinal o novohispana y nacional o moderna y contemporánea. Pero no sólo eso. Pronto se fue dando de manera paralela la especialización en aspectos de la historia, como el político, el cultural, el económico y social, etc. *Estudios de Cultura Náhuatl* tuvo una aceptación inmediata en el mundo académico nacional e internacional y se convirtió en modelo de lo que el Instituto que la patrocinaba podría llevar a cabo.

Cuando Miguel León-Portilla sucedió a don Pablo Martínez del Río en la dirección del Instituto de Historia, que en la gestión del doctor Ignacio Chávez como rector de la UNAM se convirtió en Instituto de Investigaciones Históricas, se determinó publicar otros órganos de expresión de los investigadores, a saber: *Anales de Antropología*, porque el Instituto contaba con una sección de Antropología a la que pertenecían muy distinguidos especialistas, *Estudios de Historia Novohispana* y *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. La medida no dejó de enfrentar algún riesgo, ya que no era abundante el número de investigadores especialistas en las épocas posteriores a la independencia de México, pero desde luego hubiera sido muy evidente el contraste consistente en apoyar una revista especializada en la época colonial y omitir hacerlo con otra para los tiempos posteriores. El Instituto contaba con una sólida planta de colonialistas.

Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México comenzó a aparecer en 1965, teniendo al doctor José Valero Silva como editor responsable. De esa manera, puede ha-

blarse de una primera época ligada al nombre de Valero, quien si bien impartía clases de historia colonial y era autor de un breve libro sobre la conquista, su campo preferente era la revolución mexicana, tema que también desarrollaba en la cátedra.

Los primeros tres volúmenes de la revista fueron editados por Valero, de 1965-1970, es decir, funcionó, al igual que el resto de las revistas del Instituto, como "publicación eventual". La mayoría de los colaboradores de esta primera etapa fueron investigadores del Instituto y profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, como Ernesto de la Torre, Ernesto Lemoine, Martín Quirarte, Juan A. Ortega y Medina, e historiadores destacados como don José C. Valadés, quien dio a conocer en *Estudios la Cartilla socialista* de Plotino C. Rhodakanaty, acompañada de una larga introducción sobre el socialismo en México durante el siglo XIX, que para entonces era una novedad de mucho interés. Asimismo, colaboró en esa época Manuel González Ramírez, quien dio a conocer —al igual que Valero— algunos documentos del archivo que el general Gildardo Magaña acababa de donar a la UNAM. Entre ellos destaca uno en el que Otilio Montaña hace una justificación de "El zapatismo ante la filosofía y ante la historia" que es una de las mejores elaboraciones ideológicas del movimiento del sur. El factor de impacto de la revista puede medirse con el hecho de que este documento no aparece citado por los historiadores del zapatismo, que no le han concedido el peso suficiente al factor ideológico existente en la revolución del sur. Asimismo, se da el rescate de una serie de artículos de Antonio Díaz Soto y Gama sobre agrarismo, de 1913. Estas ediciones de documentos comenzaron a dar un perfil interesante a la revista, cuya sección documental habría que revisar en cada número, sin detrimento de los artículos originales que ofrecían nuevas interpretaciones en torno a algún asunto, como el de Ernesto de la Torre, sobre "La Iglesia en México, de la Independencia a la Reforma. Notas para su estudio", que en 1965 abría perspectivas que apenas han sido aprovechadas en los años más recientes. Fue, como otros trabajos del mismo autor, una

anticipación no exenta de cierto carácter revisionista, sobre un tema de controversia, más álgido entonces que ahora.

La viñeta dibujada por el arquitecto e historiador Manuel González Galván ya no fue utilizada a partir del cuarto número, de 1972. En su lugar, aparecieron viñetas de Posada y una portada poco lograda en cuanto a diseño gráfico con un fragmento del mural de la escalera de Palacio Nacional de Diego Rivera. A partir de ahí comenzó a tener injerencia en la revista el autor de esta reseña, quien funcionó de hecho, como secretario de redacción al lado del maestro De la Torre. Las afinidades bibliográficas de ambos, hicieron crecer la antes inexistente sección de reseñas. El volumen V estuvo a cargo, de manera conjunta, de Ernesto de la Torre, Martín Quirarte y Álvaro Matute. Del VI en adelante, y hasta el XVII, el autor de estas líneas fue el editor responsable, habiendo compartido la responsabilidad, una vez con Carmen Vázquez Mantecón y la última, con Martha Loyo, quien se hizo cargo de la revista desde el volumen XVII, como quedó dicho, y desde el XVIII, como única editora.

No puede hablarse de una diferenciación radical entre la época de Valero y la iniciada a partir del IV volumen. La transición fue más bien lenta y, tanto en éste como en el siguiente se sintió más la presencia de los maestros De la Torre y Quirarte que la mía. En lo que se notó mi presencia fue en el crecimiento de la sección de reseñas, muchas de ellas debidas a mi pluma y otras a la de neófitos a los que se les tuvo confianza para iniciarse en el mundo de las publicaciones y quienes respondieron a la altura de las circunstancias. Lamentablemente, la práctica de la reseña crítica no era muy extendida, aunque en otros órganos había dado muestras de muy buena salud. Con todo, y si bien fue disminuyendo la sección documental en la proporción en la que fue aumentando la de reseñas, ya se contó con ella como una presencia definitiva.

En cuanto a las temáticas, la historia diplomática hizo acto de aparición en la pluma de uno de sus más destacados cultivadores, el hoy olvidado Jorge Flores D., quien contribuyó con un extenso artículo llamado "Apuntes para una historia de la diplomacia mexicana. La obra pri-

ma, 1810-1824". Sin la parafernalia habitual, y con gran precisión, don Jorge Flores visita los más señalados acontecimientos de la diplomacia insurgente, hasta llegar a la prerrepblicana. *Estudios* ha sido una revista con escasa colaboración extranjera. El IV tiene esa excepción a la regla, con una contribución de Robert J. Ward, también de tema diplomático. En este número aparece otro trabajo breve de don José C. Valadés y un obituario que se distingue por el tono humano que le imprime Ernesto de la Torre a la extinción de la vida de Agustín Cué Cánovas.

Los estudios sobre temas de historiografía mexicana, que ya habían aparecido en la pluma de Juan A. Ortega y Medina, con un adelanto sobre José María Vigil, se actualizan con una larga incursión de Martín Quirarte en la obra de José C. Valadés, otro del mismo autor, sobre el hoy también olvidado Ralph Roeder —entonces muy leído— y uno del autor de estas líneas en el que aborda las propuestas de Gilberto Loyo y Rafael Ramos Pedrueza sobre la enseñanza de la historia.

Siguiendo la línea que había abierto Ortega y Medina en el *Anuario de Historia*, a partir del volumen V se contó con la participación de quienes habían egresado de la licenciatura hacía poco tiempo, para que contribuyeran con resúmenes o fragmentos de sus tesis.

Al completarse los diez primeros volúmenes fue elaborado un índice general, que recoge 133 títulos debidos a 66 autores. Estos títulos abarcan 72 artículos, diez presentaciones documentales, 48 reseñas y tres obituarios. Aparte de la utilidad que implica, el índice revela aspectos interesantes, como el hecho de que la historia de la historiografía fue la más frecuentada, con quince contribuciones, seguida de la historia diplomática y la política, con trece cada una, y once artículos dedicados a la historia de las ideas. La historia económica, que conoció gran auge a partir de los años setenta, en cambio, sólo cuenta con nueve trabajos dedicados a ella. El renglón de transcripción de documentos abarca una decena. Hubo otras temáticas tratadas, pero fueron minoría, como biografía, historia social, eclesiástica, regional y de la prensa.

Por lo que toca a temporalidades, las dos más frecuentadas, con quince artículos cada una, fueron “Primer Imperio a la Revolución de Ayutla” y la “Revolución Mexicana”, seguidas muy de cerca por la independencia y la reforma y el imperio. La etapa posrevolucionaria, que se cierra en 1940 también tuvo atención, al igual que el porfiriato. Sobre la contemporaneidad posterior a 1940, hubo tres colaboraciones, una de ellas del prestigiado Stanley R. Ross.

Cabe destacar que a partir del volumen V la portada fue hecha a dos tintas, con el fragmento de un cuadro que representa la batalla de Molino del Rey, como fondo. Los colores variaban en cada entrega.

La llegada al volumen X propició que la revista adquiriera el compromiso de hacerse presente de manera más frecuente ante los lectores y que esto sirviera de aliciente a quienes quisieran colaborar en ella. El grabado de Molino del Rey fue sustituido por una litografía que representa el paso de tropas frente a un caserío, a partir del volumen XI, que apareció en 1988. De este año en adelante, se logró mantener una periodicidad anual, hasta 1993. Para el volumen XII se contó con la colaboración de Carmen Vázquez Mantecón como coeditora y del XIII-XVI, Ricardo Sánchez Flores, técnico académico del Instituto, fungió como editor asociado, dado que él fue encargado de llevar a feliz término la elaboración material de cada número. Con la entrega número XIV apareció por primera vez un consejo editorial, que tendría una vigencia de tres años. Esto sucedió en 1991, cuando comenzaron a sentirse presiones externas que culminaron en la declaratoria de excelencia de las revistas académicas, por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). *Estudios* no obtuvo ese privilegio, dado que el editor, quien esto escribe, funcionaba como *factotum* y no elaboraba dictámenes por escrito ni daba materiales a examinar, de acuerdo con las nuevas reglas del juego. Todo era realizado bajo la responsabilidad compartida del editor y del editor asociado, quienes conseguían colaboraciones, leían, revisaban, corregían, escogían color de portada, viñeta representativa del número y, con todo eso, no se pusieron al día en cuanto a los requerimientos del brazo académico del “ogro filantrópico”.

Cabe aprovechar esta remembranza para reflexionar acerca de los elementos que la política desarrollada por el Conacyt ha impuesto a las revistas académicas humanísticas. Esto va conjugado con la política de evaluación del rendimiento de los investigadores, según las normas del Sistema Nacional de Investigadores. Las revistas, en sus etapas difíciles, para no llamarles heroicas, lo cual sería incurrir en la soberbia, con dificultad podían ser satisfechas con la colaboración de los miembros de la casa que las editaba. Los responsables tenían que inventar distintas maneras de colaboración para que se llenaran, en el caso de *Estudios*, las 240 páginas que en promedio ofrecía cada ejemplar. De ahí el concurso de jóvenes de cuyas tesis se rescataban páginas. Asimismo, era política institucional que los investigadores entregaran materiales a los órganos domésticos. De ahí que cuando se decidió seguir los patrones editoriales de las llamadas ciencias duras, consistentes en que lo óptimo es publicar en revistas de circulación internacional y con arbitraje, a quienes nos fogueamos en las épocas difíciles nos costó trabajo adoptar los nuevos patrones. Pese a todo, *Estudios* tenía circulación internacional. Mi mejor anécdota al respecto ocurrió cuando en 1985 Malcolm D. Deas me presentó con el bibliotecario encargado de la sección latinoamericana de la Biblioteca Bodleyana de la Universidad de Oxford. Cuando escuchó mi nombre me dijo “¡Ah, el editor de *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México!*”, y procedió a mostrarme la colección en la estantería. Ahí recibí el certificado de internacionalidad de la revista, gracias a la excelente memoria del bibliotecario. El caso es que los investigadores no deben ser candiles de la calle y cumplir doblemente: en casa y en el mundo, pero insisto, el estilo de una revista se lo debe dar la institución que la sustenta. Pienso que en ella se expresa un grupo que tiene un cierto tipo de intereses, afinidades, características, en suma, un estilo. Si todos los investigadores de todas las instituciones sólo publicaran fuera de la suya, no existiría esa característica peculiar de cada órgano y se caería en una insípida globalización.

Ciertamente, la práctica del llamado arbitraje es positiva y le ahorra responsabilidades directas al editor, quien de todos modos debe leer cuidadosamente lo que le llega, pero a la hora de decidir, el dictamen ajeno es un auxiliar muy valioso.

Los volúmenes posteriores al X desarrollan lo que puede llamarse la etapa de madurez de la revista. Por una parte, la periodicidad anual se pudo mantener de manera más regular, aunque tuvo un bache de tres años, relacionado con el cambio de mando en la responsabilidad editorial. Por la otra, que es la sustancial, *Estudios* refleja una interesante puesta al día en los órdenes temático y metodológico. Una clasificación cuantitativa nos revela que fueron publicados, del XI-XX, 80 artículos, 40 reseñas, seis documentos y tres obituarios. La temática es rica y variada, alternando la historia social con la historiografía, la política y la diplomática, y aparecen la historia intelectual, la de las mentalidades, la historia de la prensa, prosopografía y otras especialidades. Hay en estos diez números el concurso de muchos estudiantes o egresados de doctorado, tanto provenientes de casa, es decir, del posgrado de la UNAM, como de El Colegio de México así como algunos del extranjero. Se contó con colaboraciones de autores de prestigio como Jean Meyer, Guillermo de la Peña y Alan Knight. Al lado de ellos, nuestros valores, como don Ernesto de la Torre, quien no deja de colaborar en cualquiera de las secciones de la revista. Y, fiel a su trayectoria, *Estudios* siempre será la casa de jóvenes que en el momento de publicar sus colaboraciones todavía se encuentran en su etapa formativa y que en la actualidad son ya presencias realizadas en el ámbito profesional. En *Estudios* publicaron algunos de sus primeros trabajos: Carlos Illades, Evelia Trejo, Laura O'Dogherty, Elisa Speckman, Alicia Mayer, Felipe Arturo Ávila Espinosa, Enrique Plasencia de la Parra, José Enrique Covarrubias, Silvestre Villegas, Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, Ariel Rodríguez Kuri y Javier MacGrogor, entre otros.

El volumen XVII fue el de la transición cuando el autor de esta nota abandonó el timón, compartiéndolo en ese

número con Martha Loyo, quien asumió la responsabilidad plena en el XVIII. Superado el bache temporal que alargó la continuidad entre el XVI y el XVII, pese a ser entonces dos los editores, pudo regularizarla a partir del XVIII y no sólo eso, sino que logró el *placet* del Conacyt como revista de excelencia. El compromiso implica, entre otras cosas convertirla en semestral, para lo cual, inteligentemente, fue reducido el número de páginas. La otra novedad, en este caso tipográfica, ha sido el cambio en el diseño de la portada, con base sólo en tipografía, muy logrado y moderno. Asimismo, se ha renovado el consejo editorial y se ha creado un comité que integra a todos los miembros de la sección de historia moderna y contemporánea del Instituto. Con ello se pretende mantener el equilibrio de colaboraciones, tanto locales como externas. Martha Loyo ha tenido el mérito de poner al día la revista, conservando las tradiciones que la constituyen.

El futuro que se le abre puede ser promisorio, en la medida en que el binomio modernidad/temporalidad aumenta en su temporalidad. Ahora ya es posible hacer referencia al siglo XX completo, lo cual permite y propicia que se vaya dando el caso de que los historiadores avancen en el estudio del tiempo mexicano hacia momentos posteriores al periodo presidencial de Lázaro Cárdenas. Hay que pensar que quienes tienen en 2001, 30 años, nacieron entre el último año de Díaz Ordaz y el primero de Echeverría, lo que los hace recuperar como historia no vivida una época de la que sus mayores somos testigos presenciales. Hegel llamaba historia original u originaria, o simple historia, dependiendo de las traducciones, a la historia que se elabora a partir de la memoria. La profesionalización de la disciplina ha propiciado un alejamiento marcado entre el historiador y su tiempo, acaso para salvaguardar la objetividad y ganar perspectiva y no ser acusado de incurrir en parcialidades que lo alejen de la supuesta nitidez con la que tiene que proceder. Eso ha propiciado la pérdida de dominio de la historia contemporánea y su cesión a sociólogos y especialistas en ciencia política, para quienes algo sucedido hace más de 20 años es remontarse a un pasado

nebuloso. Sin expulsarlos del campo, los historiadores deben compartir el examen de la contemporaneidad con ellos. La emergencia de nuevas generaciones formadas en los rigores de la disciplina tienen mucho que aportar al conocimiento de épocas vividas por las generaciones precedentes. Es ahí donde *Estudios de historia moderna y contemporánea de México* mantiene viva su tradición de ser un espacio abierto para quienes despuntan y para compartirlo con los veteranos. Asimismo, la presión de la necesidad de vivir sometidos a las evaluaciones seguirá propiciando que los espacios establecidos para la publicación en “revistas de circulación internacional con arbitraje”, los mantenga abiertos para un número cada vez mayor de colaboradores.

El compromiso que se adquiere es el de ofrecer de 240-300 páginas al año para que en ellos se haga referencia disciplinada a lo acontecido desde la independencia nacional hasta, por lo menos, el último año del siglo XX y los que se vayan acumulando conforme avance el XXI.

